

su amor, y le hizo conocer á Lodoïska, y las dos mujeres se comprendieron por la política y por el amor. Se vieron poco y furtivamente, porque la querida de Louvet ocultaba su vida en la oscuridad. La casta y respetada esposa del ministro no podía confesar la intimidad con una mujer que el amor sólo unia á Louvet.

Louvet escribió para Roland *El Centinela*, periódico de los girondinos, en el que el más ardiente republicanismó se asociaba al culto del orden y de la humanidad. El 10 de Agosto había salvado algunas víctimas, y el 2 de Setiembre había ablandado á los verdugos. Elegido para la Convencion, dejó su retiro, y habitaba una modesta casa en la calle de San Honorato, cerca del salon de los Jacobinos. Adicto por conviccion y amistad á las opiniones de la Gironda, formaba con Barbaroux, Buzot, Rebecqui, Salles, Lasource, Ducos, Fonfrede, Rabaut de Saint-Etienne, Lanthenas y algunos otros la vanguardia de aquel partido de la juventud de los departamentos, impaciente por purificar la república. Vergniaud, Pétion, Condorcet, Sieyès y Brissot se esforzaban en vano para moderar á aquellos jóvenes. El alma de madama Roland ardía en ellos, y toda su táctica era que su partido empeñase á su pesar una lucha decisiva, pareciéndoles el contemporizar tan impolítico como cobarde. Louvet se ofreció para el primer golpe. El discurso que llevaba consigo desde ya hacía muchos dias había sido concertado en comun en el conciliábulo de madama Roland, que había encendido los sentimientos y dictado las palabras: Louvet era sólo la voz. Este discurso era ménos el de un hombre que la explosion de odio de un partido entero.

V

Mirando Robespierre á Louvet, afectó el desden y triunfó interiormente al ver que ningun orador célebre ya había querido encargarse del acta de acusacion contra él. Esta consideracion de Vergniaud, de Gensonné y de Guadet se descubria en su actitud é inspiraba confianza á Robespierre. Louvet despreciaba hasta el descontento de su mismo partido, porque sentía en pos de él la mano de madama Roland, que le impulsaba á la lucha. Restablecido el silencio, habló así:

«Una gran conspiracion amenazaba pesar sobre Francia, y había pesado demasiado tiempo sobre la ciudad de Paris. Llegásteis, y la Asamblea legislativa fué desconocida, envilecida y hollada. Hoy se quiere envilecer la Convencion nacional, y se predica abiertamente la insurreccion contra ella. Es tiempo de saber si existe una faccion de siete ú ocho miembros de esta Asamblea, ó si son los setecientos treinta miembros que la componen una faccion. Es necesario que de esta insolente lucha salgais vencedores ó envilecidos; es necesario, para dar cuenta á Francia de las razones que os hacen conservar en vuestro seno ese hombre sobre quien la opinion pública se desarrolla con horror, ó que por un decreto solemne reconozcáis su inocencia, ó que le expulseis de aquí; es necesario que tomeis medidas contra esa municipalidad desorganizadora que prolonga una autoridad usurpada. En vano prodigareis medidas parciales, si no atacais el mal en los hombres, que son los autores. Yo voy á denunciar sus complots, y tendré á todo Paris por testigo. Podria desde luego admirarme de que Danton, á quien nadie atacaba, se haya lanzado aquí para declarar que era invulnerable, y para negar á Marat, de quien se ha servido como de un instrumento y de un cómplice

en la gran conjuracion que yo denuncio.» (*Murmillos*). Danton: «Yo pido que se permita á Louvet tocar el mal y poner el dedo en la llaga». Louvet continúa: «Sí, Danton, voy á tocarle; pero no se grita anticipadamente. En el mes de Enero último fué cuando se vió en los Jacobinos suceder á las discusiones profundas y brillantes que nos habían honrado ante Europa aquellos miserables debates que poco faltó para que nos perdiesen, y cuando se empezó á calumniar á la Asamblea legislativa. Se vió un hombre que quería siempre hablar, hablar sin cesar, hablar exclusivamente, no para ilustrar á los jacobinos, sino para sembrar entre ellos la division, y sobre todo, para que le oyesen algunos centenares de espectadores, cuyos aplausos se querian obtener á todo precio. Confidentes de este hombre se revelaban para presentar tal ó tal miembro de la Asamblea á las sospechas, á la animadversion de los espectadores crédulos, y para ofrecer á su admiracion un hombre de quien hacian el más fastuoso elogio, á ménos que no le hiciese él mismo. Entónces fué cuando se vieron intrigantes subalternos declarar que Robespierre era el único hombre virtuoso en Francia, y que sólo se debía confiar la salvacion de la patria á aquel hombre, que prodigaba las más bajas adulaciones á aquellos centenares de ciudadanos fanatizados á quienes él llamaba pueblo. Es la táctica de todos los usurpadores, desde César hasta Cromwell, desde Sylva hasta Masaniello. Nosotros, entre tanto, fieles á la legalidad, avanzábamos bien resueltos á que no se sustituyese á la patria la idolatría de un hombre. Dos dias despues del 10 de Agosto, yo estaba en el Consejo general provisorio. Entra un hombre, y al verle hay un gran movimiento; era el mismo, era Robespierre. Viene á sentarse en medio de nosotros; me equivoco, va á sentarse en el asiento preferente de la mesa. Estupefacto, me pregunto á mí mismo, no creyendo á mis ojos: «¡Qué! Robespierre, el incorruptible Robespierre, que en los dias de peligro había dejado el puesto en que los ciudadanos le habían colocado, que despues se había comprometido formalmente veinte veces á no aceptar ningun cargo público, ¿Robespierre ocupa de repente un puesto en el Consejo general de la municipalidad?» Desde entónces comprendí que aquel consejo estaba destinado á reinar. Vosotros lo sabeis, Robespierre se atribuye el honor del dia 10 de Agosto. La revolucion del 10 de Agosto es la obra de todos. Pertenece á los arrabales, que se han levantado en masa, á los valientes federados, que en aquel tiempo ciertos hombres no habían querido recibir en Paris; pertenece á los valientes diputados que aquí mismo, en medio del ruido de las descargas de artillería, votaron el decreto de suspension de Luis XVI; pertenece á los generosos guerreros de Brest, y á la intrepidez de los hijos de la altiva Marsella. Pero el 2 de Setiembre... ¡conjurados bárbaros! os pertenece á vosotros, y sólo á vosotros. (*Movimiento de horror*). Se alaban ellos mismos; ellos mismos, con un desprecio feroz, sólo nos designan como los patriotas del 10 de Agosto, reservándose el título de patriotas del 2 de Setiembre. ¡Ah! Que les quede esa distincion, digna, en efecto, de la especie de valor que les es propia; que les quede para nuestra justificacion durable y para su eterno oprobio. El pueblo de Paris sabe combatir, pero no asesinar: todo él estaba en las Tullerías en el magnífico 10 de Agosto; es falso que se le viese en las cárceles en el horrible 2 de Setiembre. ¿Cuántos asesinos había en las cárceles? No llegaban á doscientos. ¿Cuántos espectadores fuera? Ni aún el doble. Preguntad á Pétion, él mismo os lo confesará. ¿Por qué no se ha evitado? ¿Porque Roland hablaba en

vano!... ¡Porque Danton, ministro de Justicia, no hablaba!... ¡Porque Santerre, comandante de las secciones, esperaba!... ¡Porque los oficiales municipales con sus fajas presidian aquellas ejecuciones!... ¡Porque la Asamblea legislativa estaba dominada, y un insolente demagogo venía á su barra á decirle los decretos de la municipalidad y amenazarla con hacer tocar á rebato si no obedecía».

Billaud-Varennes se levanta y trata de protestar. Un estremecimiento general de indignacion se difunde contra él en la Asamblea; un gran número de miembros señalan con el dedo á Robespierre. Cambon se hace notar por la cólera de su actitud; tiende su brazo hácia la Montaña, y grita: «¡Miserables, ved el decreto de muerte del dictador!» ¡Robespierre á la barra! ¡Encáusese á Robespierre!— gritan por todas partes voces acusadoras. El presidente modera aquella impaciencia. Louvet continúa; acusa á Robespierre de todos los crímenes de la municipalidad, y luégo, mirando á Danton, dice: «Entónces fué cuando se fijaron aquellos carteles en que se designaban como traidores todos los ministros, excepto uno solo, uno solo, y siempre el mismo: ¿Y puedes tú, Danton, justificarte de esta excepcion ante la posteridad? Entónces fué cuando se vió con espanto aparecer á la luz del dia un hombre único hasta ahora en los fastos del crimen. (*Miran á Marat*). Y no creais apaciguarnos negando hoy este hijo perdido del asesinato. ¿Cómo hubiera él salido de su sepulcro si vosotros no le hubiésteis sacado? ¿Cómo le hubiérais recompensado si él no os hubiera servido? ¿Cómo le presentásteis bajo vuestros auspicios á aquella asamblea electoral en que me hicísteis insultar por haber tenido el valor de pedir la palabra contra Marat? ¡Dios! ¡Le he nombrado! (*Movimiento de horror*). Sí, los guardias de corps de Robespierre, esos hombres armados de sables y de palos que le acompañaban por todas partes, me insultaron al salir de la asamblea electoral, y me anunciaron que ántes de mucho tiempo me harian pagar cara la audacia de combatir al hombre que Robespierre protegía. ¿Y por qué camino marchaban de concierto los conjurados á la ejecucion premeditada de su plan de dominacion? ¡Por el terror! Aún necesitaban asesinatos para que fuese completo, y para separar los generosos ciudadanos más unidos á la libertad que á la vida. Se hicieron circular listas de proscripcion firmadas por complacencia y á la ventura por montañeses extraviados. Se codiciaba la sangre y se repartian en esperanza los despojos de las víctimas. Durante cuarenta y ocho horas la consternacion fué general; treinta mil familias están ahí que pueden atestiguarlo. Cuando vi tantas atrocidades liberticidas, me pregunté si en el dia 10 de Agosto habia soñado nuestra victoria, ó si Brunswick y sus columnas contrarrevolucionarias estaban ya dentro de nuestros muros. ¡No! Pero eran furiosos conjurados que querian cimentar con sangre su naciente autoridad. Los bárbaros necesitaban aún, decian, veintiocho mil cabezas. Recuerdo á Sylva, que principió por herir á los ciudadanos desarmados, pero que bien pronto hizo pasear por delante de la tribuna de las arengas y en el foro las cabezas de los más ilustres ciudadanos. Así avanzaban hácia su objeto aquellos malvados en el camino del poder supremo; pero donde los aguardaban algunos hombres de resolucion que, lo habíamos jurado por Bruto, no les hubieran dejado la dictadura más de un dia... (*Aplausos unánimes*). ¿Quién los detuvo entre tanto? Algunos patriotas intrépidos. ¿Quién los combatió? Petion. Roland fué quien prodigó, denunciándolos ante Francia, más valor que hubiera necesitado para denunciar un rey perjuro... Robespierre, yo

te acuso de haber calumniado sin descanso á los más puros patriotas. Te acuso de haber difundido estas calumnias en la primera semana de Setiembre, es decir, en los dias en que las calumnias eran puñaladas. Te acuso de haber, cuanto en tu poder estaba, envilecido y proscrito á los representantes de la nacion, su carácter y su autoridad. Te acuso de haberte presentado siempre tú mismo como un objeto de idolatría, de haber sufrido que delante de tí se te designase como el único



Habitacion de Marat en la calle de los Franciscanos.—Pág. 162.

hombre virtuoso en Francia que pudiese salvar al pueblo, y de haberlo dicho tú mismo. Te acuso de haber caminado directamente al poder supremo.»

Todas las miradas, todos los gestos se dirigen hácia Robespierre, como otros tantos testigos mudos de la acusacion que el orador fulmina contra él. Robespierre, pálido y agitado, las facciones contraídas por la cólera, se ve abandonado de sus colegas, y siente en torno suyo aquella atmósfera donde pesa la reprobacion de una grande Asamblea. Pero en el fondo de su fisonomía se entrevé el gozo secreto de que le juzguen digno de una acusacion de dictadura, que en cualesquiera términos que se hiciese, era una prueba del poder de su nombre y una indicacion nominal á

la atención del pueblo. Louvet suspende un momento su discurso, como para dejar caer todo su peso sobre el acusado y sobre el pensamiento de los jueces. Continúa, volviéndose con una expresión de desprecio al lado de Marat: «Pero en medio de vosotros hay otro hombre que no mancharé mi lengua nombrándole, un hombre á quien no tengo necesidad de acusar, porque él mismo no ha temido decirnos que, en su opinión, es aún necesario hacer caer doscientas sesenta mil cabezas... ¡Y este hombre está en medio de vosotros! Francia se avergüenza de ello, y Europa se admira de vuestra prolongada debilidad. Pido que expidais contra Marat un decreto de acusación».

VI

Bajó de la tribuna Louvet en medio de los aplausos; unos celebraban su elocuencia, otros su valor; aquéllos por odio á Robespierre y éstos por odio á Marat, parecía que el alma del orador había pasado á la Asamblea. Hasta las tribunas, por lo regular vendidas á la municipalidad y disciplinadas al gesto de Robespierre, quedaron consternadas con el eco de aquella voz, y creían ver en la Convención, puesta en pié, á Francia levantarse en masa contra la tiranía de Paris, y arrancar el poder sangriento de manos de los dueños del ayuntamiento. Robespierre, instruido por una primera derrota de la insuficiencia de una palabra improvisada contra una acusación meditada y pulida de antemano, pidió que se le concediesen algunos días para preparar su defensa. La Asamblea accedió con una indulgencia harto semejante al desprecio.

Al día siguiente, Barbaroux agravó y detalló los complots de Robespierre.

Temblaron por su ídolo los jacobinos y las secciones; el pueblo se paseaba todas las noches despues de estos discursos alrededor de la casa de Robespierre, y en los barrios se circuló la noticia de que había sido asesinado. No se le había visto ni en los Jacobinos ni en la Convención despues de la denuncia de Louvet, á la que debía responder el lunes 5 de Noviembre. Las tribunas de la Convención, sitiadas desde el amanecer por los grupos de los dos partidos, estaban divididas en dos campos, que preludiaban el combate de las palabras con los gestos y las amenazas. Por fin, el presidente llamó á Robespierre á la tribuna, adonde subió más palido que nunca. Esperando se restableciese el silencio, sus dedos convulsivos herian la tribuna como el músico que distraido juguetea con las teclas de un piano. Ningun gesto, ninguna afectuosa sonrisa le animaba en la Asamblea: todas las miradas eran hostiles, todas las bocas desdeñosas, todos los corazones estaban cerrados. Principió con una voz chillona, en la que se conocía el temblor de la cólera, ahogado por la decencia de la sangre fria.

«¿De qué soy acusado, ciudadanos?—dijo despues de haber hecho un corto llamamiento á la justicia de sus colegas.—De haber conspirado para llegar á la dictadura, al tribunado ó al triunvirato. Se convendrá en que si semejante proyecto fuese criminal, sería aún más atrevido; porque para ejecutarle era necesario por de pronto derribar el trono, anonadar la legislación, y sobre todo, impedir la formación de una Convención nacional. Pero entónces, ¿cómo he sido el primero en mis discursos y en mis escritos que apelé á una Convención nacional como el único remedio á los males de la patria? Para llegar á la dictadura era necesario por de pronto ser dueño de Paris y sujetar los departamentos. ¿Dónde están mis tesoros?

¿dónde mis ejércitos? ¿dónde los grandes destinos de que estoy provisto? Todo esto está en manos de mis acusadores. Para que su acusación pudiese adquirir el menor carácter de verosimilitud, sería necesario demostrar ántes de todo que yo estaba completamente loco. Y si estaba loco, quedaria aún por explicar por qué hombres sensatos pudieron haberse tomado el trabajo de componer tan bellos discursos, tan bellos anuncios, y desplegar tantos esfuerzos para presentarme á la Convención nacional como el más peligroso de todos los conspiradores. Vamos á los hechos. ¿Qué me reprochan? ¿La amistad de Marat? Podria hacer mi profesión de fe sobre Marat, sin decirnos ni más bien ni más mal que lo que yo pienso de él; pero no sé hacer traición á mi pensamiento por adular la opinión reinante. He tenido en 1792 una sola conversacion con Marat; le reprendí una exageración y una violencia que perjudicaban á la causa que él podía servir; declaró al separarse que no había hallado en mí *ni las miras ni la audacia de un hombre de Estado*. Estas palabras responden á las calumnias de los que quieren confundirme con ese hombre. ¿No me hice bastantes enemigos con mis combates por la libertad, que aún es preciso imputarme excesos que siempre he evitado, y opiniones que no he cesado de condenar? Pero he hablado, dicen, sin descanso en los Jacobinos, y he ejercido una influencia exclusiva sobre aquel partido. Desde el 10 de Agosto no subí diez veces á la tribuna de los Jacobinos; ántes de ese día trabajé con ellos en preparar la santa insurrección contra la tiranía y la traición de la corte y de Lafayette; pero los Jacobinos entónces eran la Francia revolucionaria, y vosotros que me acusais estábais con Lafayette. Los Jacobinos no seguian vuestros consejos, y vosotros quisierais hacer servir la Convención nacional para vengar las desgracias de vuestro amor propio. Lafayette también pedía decretos contra los Jacobinos. ¿Quereis, como él, dividir el pueblo en dos pueblos, el uno adulado, y el otro insultado é intimidado, los hombres honrados, y los *sans-culottes* ó canalla? Pero ¿yo he aceptado el título de empleado municipal? Respondo, por de pronto, que abdiqué desde el mes de Enero de 1791 el empleo lucrativo, y de ningun modo peligroso, de acusador público. ¿Entré en la sala como dueño? Es decir, que al entrar fuí á hacer justificar mis poderes en la mesa. Hasta el 10 de Agosto no fuí nombrado. Estoy muy lejos de pretender arrebatarse el honor del combate y de la victoria á aquellos que estaban en la municipalidad ántes que yo en aquella noche terrible, que armaron á los ciudadanos, dirigieron los movimientos, desconcertaron la traición, arrestaron á Mandat, que llevaba órdenes péfidas de la corte. Dicen que había intrigantes en el Consejo general. ¿Quién lo sabe mejor que yo? Están en el número de mis enemigos. ¿Se achacan á este cuerpo arrestos arbitrarios? Cuando el cónsul de Roma ahogó la conspiración de Catilina, Clodio le acusó de haber violado las leyes. He visto aquí tales ciudadanos, que no son Clodios, pero que algun tiempo ántes del día 10 de Agosto habían tenido la prudencia de refugiarse fuera de Paris, y que denuncian, despues que ella ha triunfado por ellos, á la municipalidad. ¿Actos ilegales? ¿Se salva la patria con el código criminal en la mano? ¿Por qué no nos criticais también el haber roto las plumas mercenarias, cuyo oficio era propagar la impostura y ultrajar la libertad? ¿Por qué no nos acusais también de haber relegado los conspiradores fuera de Paris, y de haber desarmado á nuestros enemigos? Todo esto era sin duda ilegal, sí, ¡ilegal como la caída de la Bastilla, ilegal como la caída del trono, ilegal como la libertad!